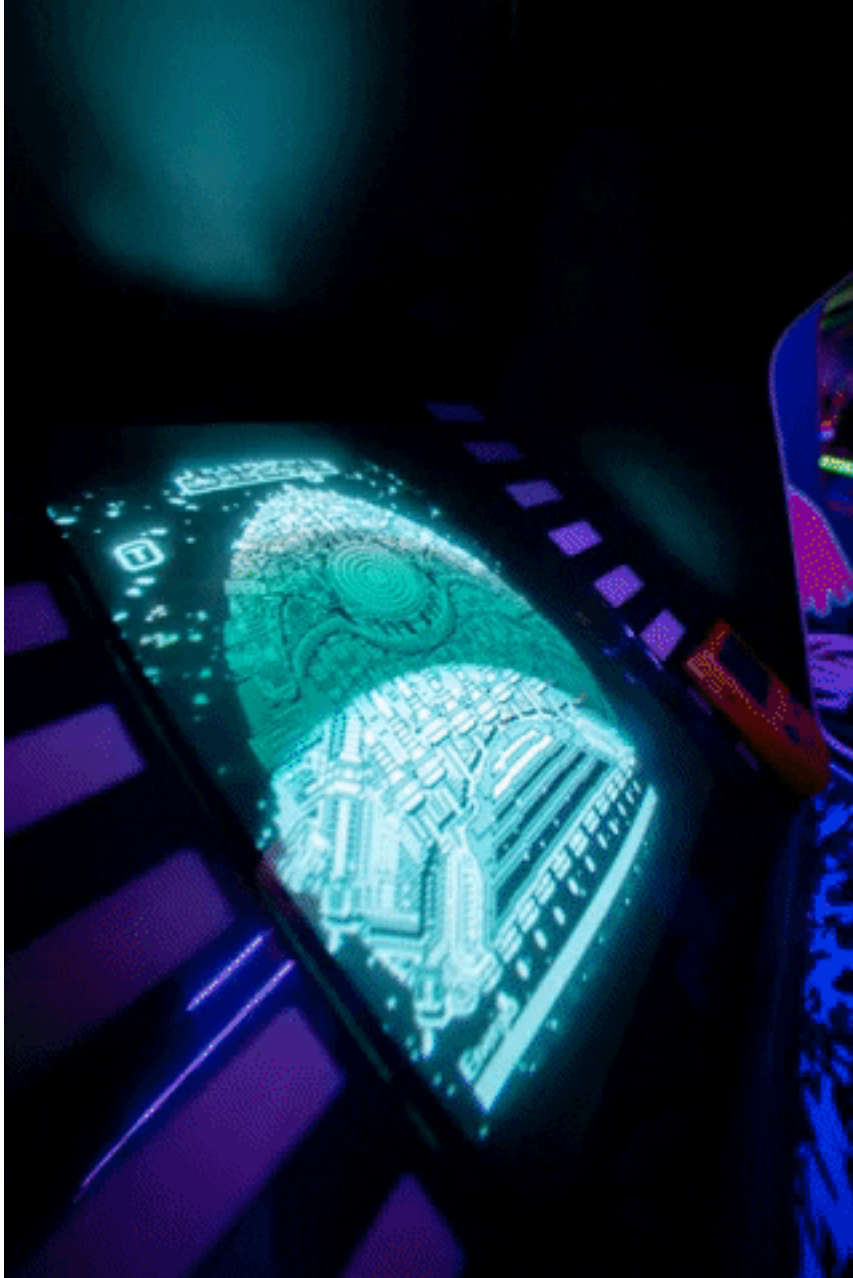


Invasión terrícola

Ibet Pérez Vallejo



Capítulo 1



Llegó el día viernes y como si se estuviera volviendo una costumbre discutí con mi novia. Llegamos al centro comercial en su automóvil, pero cuando me bajé del vehículo ya se estaba yendo y pensé que volvería, como siempre lo hace, pero no, se fue a casa y sabiendo que yo no tenía cómo regresar, sin tarjeta, ni dinero en efectivo, ni siquiera había estado antes ahí.

Estaba perdido. Abandonado a mi suerte. Así que entré al mall y busqué un sitio con WiFi gratis para mensajearle y que por favor volviera por mí,

para encontrarnos en el mismo sitio donde nos habíamos separado.

Al lado de los baños del primer piso había un centro de estética, donde te hacen las uñas y esas cosas, y por casualidad en la mampara de vidrio, encontré a mi antigua compañera de la universidad, con quien estudiamos diseño gráfico. Ahora era técnico médico o algo así, no se veía muy bien, ni pude entender todo lo que me decía. Estaba en su práctica profesional y solo recibía quejas de su jefe, eso nos contó a mi y a la peluquera que le secaba el cabello.

En su brazo noté unas marcas que parecía sarpullido, que evitaba rascarse, puntos ordenados en fila, como un examen de alergia. (Lo preocupante es que tenía todas las marcas infectadas a un nivel exagerado, unas protuberancias llenas de pus) no quise preguntarle por eso...

Su explicación de cómo terminó estudiando eso, fue muy extraña: Habló de un laboratorio en el que trabajaba en salud con máquinas y electricidad. Con su enredada explicación me imaginé que era una especie de Frankenstein lo que estaban creando en el laboratorio de un científico loco.

Después de marcar por teléfono a mi novia desde el teléfono de mi ex compañera sin respuesta. Me despedí, pero cuando iba saliendo de la estética, las empleadas me presionaron para que no me fuera.

Me quedé, me convencieron con un regalo de parte del salón y yo nunca rechazo algo gratis. Pusieron en mi cabeza un casco muy grande y pesado, para un tratamiento capilar, me sentaron en una silla muy cómoda, con música agradable y una hermosa vista desde mi asiento frente a ese inmenso ventanal, que abarcaba toda la pared y presentaba la ciudad nocturna y sus diseños con luces.

Estaba relajado, cuando la recepcionista y los profesionales se comenzaron a alterar, golpeando entre sus recorridos mi silla. Al abrir mis ojos veo unas luces incandescentes frente a mí que obligaron a cerrar los ojos otra vez.

Traté de quitarme el casco, pero estaba amarrado al cuello como casco de bicicleta y no encontraba el broche. Ya no había nadie en aquella sala para ayudarme, de un momento a otro, me encontraba solo ¿Dónde quedó la atención al cliente?. Alterado me levanté, las luces se alejaban y yo con ellas, el casco estaba siendo atraído por las luces que dejé de tocar el suelo, sentí la sensación de ligereza, de flotar por cuenta propia.

Me acercaba al ventanal, hubo tanta presión contra el vidrio, lo atravesé, pero no estaba herido y no hubo explosión, ni vidrios cayendo, aunque no

pude girarme para ver, solo flotaba hacia las luces como las polillas.

Esto era mucho mejor que estar discutiendo con mi novia en un centro comercial, por eso imaginé que esta experiencia abductiva era parte de un videojuego de los que me gustan a mí: Destruir naves.

Atravesé una de las naves invisibles y terminé en un pasillo con muchas puertas. Todo blanco radiante con diseños de jeroglíficos luminosos color azul. Cada puerta llevaba a una sala de clases como las conocemos y dentro había una máquina, tipo aspiradora robot: blanca ovalada y plana, con los mismos diseños del lugar, pero con un ojo láser rojo, con el que atacan a todo lo que se mueve. Así como en una sala terrestre cualquiera. -Ja ja.-

Para evitar que esas cosas me atacarán busqué en la última puerta y dentro de la habitación me encuentro con mi Carola, compañera, muy angustiada, esas máquinas están atacando y destruyendo a su tripulación, y también me querían asesinar. Por eso usé mi casco, que nunca fue un tratamiento capilar, incluso pienso que me alteró el cerebro, porque podía apuntar y disparar solo con el poder de mi mente y cada disparo que recibía, el casco me protegía, pero cada golpe lo iba estropeando más. Llegó al punto de caerse, pero lo usé incluso de bate para destruir a las pequeñas garrapatas blancas, así las llamé.

Mi novia al fin me contestó, ya había recibido mis mensajes de voz y me esperaba en el lugar acordado. Traté de explicarle lo que pasaba, pero no me entendía, no hay mucha señal en el espacio parece, así que le corté.

- Amor, hablamos luego, aún me quedan máquinas por matar.